

El periodista amigo me ha preguntado mi opinión «sobre la campaña que en todo el mundo se organiza contra el ruido».

Entendámonos, le he contestado. Habría en primer lugar que aclarar que es eso de «todo el mundo». Si usted cree que «todo el mundo» es Nueva York o Londres o París o Roma o Buenos Aires, lo primero que hay que dejar sentado es que el mundo es mucho más vasto que una gran capital europea o americana. En estas capitales fabulosas, es cierto que viven millones de hombres; y entre ellos los políticos, los grandes escritores, las duquesas y los gangsters; y otros, los repórters encargados de extender hasta los últimos ámbitos de la tierra lo que los grandes personajes hacen y dicen. Pero todo esto, tan bullicioso, no es el mundo. El error es tan grande como si en un organismo humano en el que hay un tumor, se dijese que este tumor representaba todo el organismo. Las grandes capitales de los pueblos son tumores que a los pueblos les salen en la cabeza; hidrocefalias, que muchas veces dejan exangüe y raquítico a todo el resto; al pecho, donde late el corazón impetuoso; al vientre donde se nutre la vida individual y donde se engendra la futura; y a los miembros, instrumentos del progreso; que progresar es andar con los pies y crear con las manos.

En la gran ciudad hidrocefálica puede haber ruidos excesivos y, en consecuencia, molestos o perjudiciales. Mas en el ancho mundo que no es la capital monstruosa, y en la capital misma, por debajo del estruendo inútil, el ruido es el símbolo de la vida; y hay que descubrirse, con inmenso respeto, ante él.

Si en la misma ciudad se suprimiera el ruido, todos diríamos que estaba muerta. Ahora mismo, mientras hablamos, la nieve empieza a caer sobre el laberinto abigarrado de la ciudad. Y el súbito silencio blanco nos aprieta ya el corazón. A gritos, proclamamos la belleza de las calles blanqueadas para que no nos aterre el tremendo silencio de la nieve impoluta. El gorrion que pía en la ventana ese su p'ar minúsculo, que en los días normales se diluye en el eco ruidoso como una gota de agua en el mar, es ahora un ser maravilloso, lleno de profundidades, símbolo de la vida; y cae su canción feble en nuestro oído como el hilo tenue de agua en las fauces del sediento.

II

Hablar mal del ruido supone un equívoco infantil. Hay momentos de la vida en que nos molesta, no el ruido, sino el estruendo. El estruendo nos cansa y tal vez nos puede dañar. Pero sin el ruido, nos moriríamos de terror. Equivale esto a confundir la borrachera y la glotonería que pueden enfermarnos con la santa satisfacción del hambre y de la sed.

El hombre tiene también hambre y sed instintivas de ruido. Los que hablan contra él, es porque no han conocido en verdad el silencio. Yo he estado, una vez aislado en una celda; y la sensación de muerte no venía de la soledad de los otros hombres; ni de la oscuridad, sino del silencio.

Colaboración rigurosamente inédita del Dr. Gregorio Ma. rañón.

Especial para DIARIO DE LA MARINA

El que quiera saber lo que el ruido representa para la vida, no debe preguntárselo a los intelectuales ni a los políticos ni a los hombres de mundo. Todos ellos viven en la espuma de las cosas; y la espuma es ajena a la corriente profunda, la que hace vivir a los mundos y la que los hace progresar. Para saber lo que es el ruido, hay que preguntárselo a los que han vivido en la soledad. Ellos nos dirán que solo el ruido ata nuestra vida al Universo. Un ratón humilde que hinca su diente en el subsuelo de la celda, es para el triste prisionero el símbolo maravilloso de la creación viva. Para el hombre que atraviese el desierto, la vida no es la luz cegadora ni la ilimitada libertad; sino el crujido leve de la arena oprimida por su planta; y el batir del viento; si todo calla, el latido de su propio corazón.

III

¡Bendito ruido, símbolo de la vida vencedor del silencio que es la muerte! Dios creó a los hombres después de haber creado a los mares que rompen, con estruendo vital, en el acantilado; después de haber creado a los torrentes que llenan con su fragor los valles estrechos; y a los bosques y al viento que los sacude; y a la grey innumera de los animales que vivifican los ámbitos con sus gritos, con el son violento de su paso o con el rumor de sus alas. Es decir, después de haber llenado de ruido, el planeta. Si el hombre hubiera precedido al resto de la creación, hubiera muerto al instante, recién nacido apenas, del pavor del silencio universal.

Y ahora, todavía, cuando el hombre surge del vientre donde suena, como en un eco, su propio conocer balbuciente, moriría, si no le acogiera el ruido del hogar fausto y las últimas quejas del dolor entrañable de la madre. Un grito —un ruido— es la primera señal de vida del recién nacido; y ese grito que dilata los pulmones, plegados hasta entonces como las ropas santas en el arca de la sacristía, es grito, pone en marcha para toda la vida, el comercio trascendente de nuestra sangre con el aire universal.

IV

A veces, es cierto, el ciudadano se hasta del ruido de su urbe y dice que va a buscar el silencio de los campos. No hay que creerle. Va, sencillamente, a cambiar de ruido; por que el ruido urbano le ha estragado el espíritu, como estraga el estómago una comida monótona. El más grande poeta español, Fray Luis de León, escribió una oda famosa, que todos los españoles saben de memoria: aquella que alaba al sabio que «huye del mundanal ruido», para encontrar la paz en la soledad. Pero en la soledad —con cuanta magia describe! —encuentra al viento que «los árboles menea con un manso ruido». El sabio, ha cambiado, pues, de ruido y nada más. Escucha ahora, en lugar

del rumor cortesano, el de los álamos de la ribera. Y en ese ruido nuevo, reside el bien que nos hace la soledad: que no es silencio.

La soledad salvadora no es, no, silencio. La soledad está poblada de ruidos infinitos y todo su maravilloso encanto y el bien que nos hace al alma en ese ruido, tan hondo que hay que inclinarse hacia su alma misma con la nuestra llena de amor, para que llegue hasta nosotros. Cuando la soledad es, en verdad, silencio; cuando no está poblada de ruidos misteriosos y llenos de sentido; o cuando nuestra alma torpe, no los acierta a explicar, entonces es cuando la soledad nos enloquece. Y entonces huimos de ella buscando, no a los hombres sino al ruido, que es la vida.

El ruido es sagrado. Es el primer mensaje directo que recibimos de la divinidad. Aun es estruendo en paz para el alma, cuando el alma está pura. Yo he visto, y usted también amigo mío, a los niños, dormir en sus cochecillos por las calles tumultuosas de París o de Nueva York. Los he visto, no despertar bajo los bombardeos. Muchos hombres con el alma fatigada, duermen mejor arrullados por el estruendo del tren en marcha, que en el silencio de su alcoba, donde, a veces, levanta su voz inaudible la conciencia que nos impide dormir. ¿Y en el mar? ¿quién no ha curado alguna vez sus insomnios del silencio, con el calmante milagroso de las olas furiosas, que rompen su trueno sordo y magnífico en las rocas, al pie de nuestra almorada?

Si el ruido, la historia de la civilización sería distinta. Acaso la civilización no hubiera existido. Del silencio no hubiera brotado el arte ni la ciencia de los hombres. El ruido enciende en la alma la santa excitación creadora. El que huye de la ciudad para crear, —se lo habrán dicho a usted muchas veces los personajes, en sus entrevistas —lo que busca, es el reposo que dan los ruidos nuevos, para dar forma arrullado por ellos, lo que está ya creado en la barauanda vital. Todos los creadores que escriben o que pintan o esculpen lejos del ruido de los hombres, al cabo de algún tiempo retornan de su soledad en busca del fecundo contacto con el fragor. Cuando el ruido nos cansa, nos ha llenado hasta el alma de visiones y de ideas.

A veces, es cierto, creemos que el ruido nos aniquila. Pero es porque no nos deja vivir el otro ruido, el que corre por dentro de las almas. Si nos abruma el estruendo de fuera, otras veces, es porque tenemos que no nos deje oírnos a nosotros mismos. Cuando me tapo los oídos, casi siempre es para que los demás me dejen oírme a mí; y no para no oírlos a ellos.

V

Así hablé a mi amigo el periodista. Entonces, me arguyó, que piensa usted de ese aparato que acaban de inventar los norteamericanos para aniquilar el ruido?

Bueno, le contesté: deje usted a los norteamericanos que inventen lo que quieran.